

El poblamiento prehispánico de la región Sicarigua-Los Arangues

Luis E. Molina

Introducción

El objetivo central del proyecto investigación arqueológica de la región Sicarigua-Los Arangues¹ ha sido el de evaluar el surgimiento de cacicazgos hacia el siglo X de nuestra era, tal como ha sido propuesto en trabajos previos (Toledo y Molina 1987). En tal sentido, los objetivos específicos son: establecimiento de una secuencia cultural regional, enmarcada en las secuencias y ordenaciones estilísticas propuestas para regiones vecinas; determinación de los patrones de asentamiento a partir del tamaño y características de los sitios de habitación (presencia o ausencia de estructuras artificiales, a fin de esclarecer lo relativo a la posible existencia de una jerarquía de sitios en la región); determinación de la distribución de los artefactos dentro de los sitios y comparación de dichas distribuciones entre sitios de distintas características o jerarquía; estudio de las formas de subsistencia, a fin de determinar el papel o importancia de la agricultura y del aprovechamiento de los recursos de fauna terrestre y acuática y de la flora silvestre; determinación de los patrones funerarios; correlación de las posibles

¹Esta investigación ha tenido el apoyo económico del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela. Han participado estudiantes de la Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela, realizando sus tesis de pregrado en aspectos específicos del proyecto. El Museo Antropológico de Quíbor, Estado Lara, ha sido una institución fundamental para nuestros trabajos de investigación, al ofrecer apoyo logístico, tanto en las actividades de campo como de laboratorio. Nuestro reconocimiento a su Director, el antropólogo Juan José Salazar. Queremos agradecer la colaboración de Don Mario Oropeza, de la hacienda Sicarigua, en lo relativo a nuestra estancia en la región y el acceso a las zonas donde se encuentran los yacimientos arqueológicos. A los profesores Omaira Sequera y Tarcisio Capote, de la Escuela de Agronomía de la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, en Barquisimeto, por la realización de los análisis de suelos. Al Dr. Franco Urbani, de la Escuela de Geología de la Universidad Central de Venezuela, por su asesoría en el reconocimiento de las materias primas de los artefactos líticos. A la Dra. Helga Lindorf, del Instituto de Biología Experimental de la Universidad Central de Venezuela, quien identificó los restos botánicos. A Hiram Moreno, por su colaboración en la identificación de los restos de fauna. Y a la Dra. Betty J. Meggers, del Smithsonian Institution, en Washington D.C., por su ayuda en la consecución de los fondos para realizar los fechados radiocarbónicos.

estructuras para el riego y la agricultura reportadas en la región de estudio (Salazar y Gil 1998) con las distintas etapas de la secuencia regional.

Estos objetivos de investigación están relacionados con los indicadores arqueológicos que consideramos relevantes para evaluar el surgimiento de formas sociales jerarquizadas entre 1000-1500 D.C. De acuerdo a Sarmiento (1986a, 1986b) es fundamental evaluar el papel de la producción de alimentos en la conformación de las sociedades cacicales. En esta perspectiva la “sociedad cacical agrícola” corresponde a un segundo momento evolutivo de la sociedad tribal. Ambas están basadas en la producción de alimentos y tanto en una como en otra existe una distribución equitativa de la producción. Sin embargo, en la sociedad cacical comienzan a aparecer elementos distintivos en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, como son: intensificación de la agricultura, mediante la innovación en los medios de trabajo (construcción de terrazas, pequeños sistemas de riego, etc.) o a través del aumento de la cantidad de fuerza de trabajo o de la extensión de las áreas cultivadas. Esta intensificación agrícola da lugar a sistemas de almacenamiento (muebles e inmuebles) y a una división del trabajo que incluye actividades no relacionadas directamente con la producción de alimentos, como son las de tipo artesanal. En cuanto a las relaciones sociales de producción, en los inicios de la “sociedad cacical agrícola” existe una propiedad colectiva de los objetos de trabajo, que comienza a alterarse durante el proceso de auge del cacicazgo. La producción descansa en las unidades domésticas, que lejos de ser homogéneas desde el punto de vista productivo, participan diferencialmente en la producción, tanto de bienes alimenticios como de uso doméstico y artesanal (Sarmiento 1986b: 40-45).

Lo importante de los trabajos de esta autora, es el énfasis puesto en la definición de indicadores arqueológicos, que den cuenta del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción en la “sociedad cacical agrícola”. En términos generales, los indicadores propuestos por Sarmiento (1986b: 56-61) son:

a) Relacionados con el desarrollo de las fuerzas productivas: identificación de restos botánicos de plantas cultivadas, como indicador del desarrollo agrícola y su intensificación (es necesaria la identificación de estos restos botánicos en las áreas de actividad de las unidades domésticas); existencia de aldeas estables; aumento en su tamaño y número en una misma región; medios de producción colectivos, como terrazas, sistemas de riego y sistemas de almacenamiento; identificación de áreas de actividad productiva con artefactos especializados para el trabajo de ciertas materias primas, así como restos de éstas y objetos terminados (indicador del énfasis en actividades no relacionadas directamente con la obtención de alimentos).

b) Relacionados con las relaciones sociales de producción: objetos de materias primas de origen alóctono (indican contactos regionales entre comunidades distantes); desigualdad en los patrones de las áreas de actividades productivas dentro de las unidades domésticas; áreas de actividad

de producción de bienes artesanales fuera de las unidades domésticas; patrón diferencial en las áreas de actividad de consumo (en las unidades domésticas) y en los enterramientos (bienes que se distinguen por su elaboración y por la materia prima en que fueron fabricados); aspectos constructivos diferenciales en las unidades domésticas.

En el presente artículo se presentan los resultados preliminares obtenidos en una primera etapa del proyecto de investigación, que se orientó al establecimiento de una secuencia cultural regional donde, además de elaborar una estructura cronológica que dé cuenta de las distintas ocupaciones humanas, se describen elementos relativos a las formas de enterramiento, la construcción de estructuras para la actividad agrícola y la presencia de objetos fabricados con materias primas exóticas.

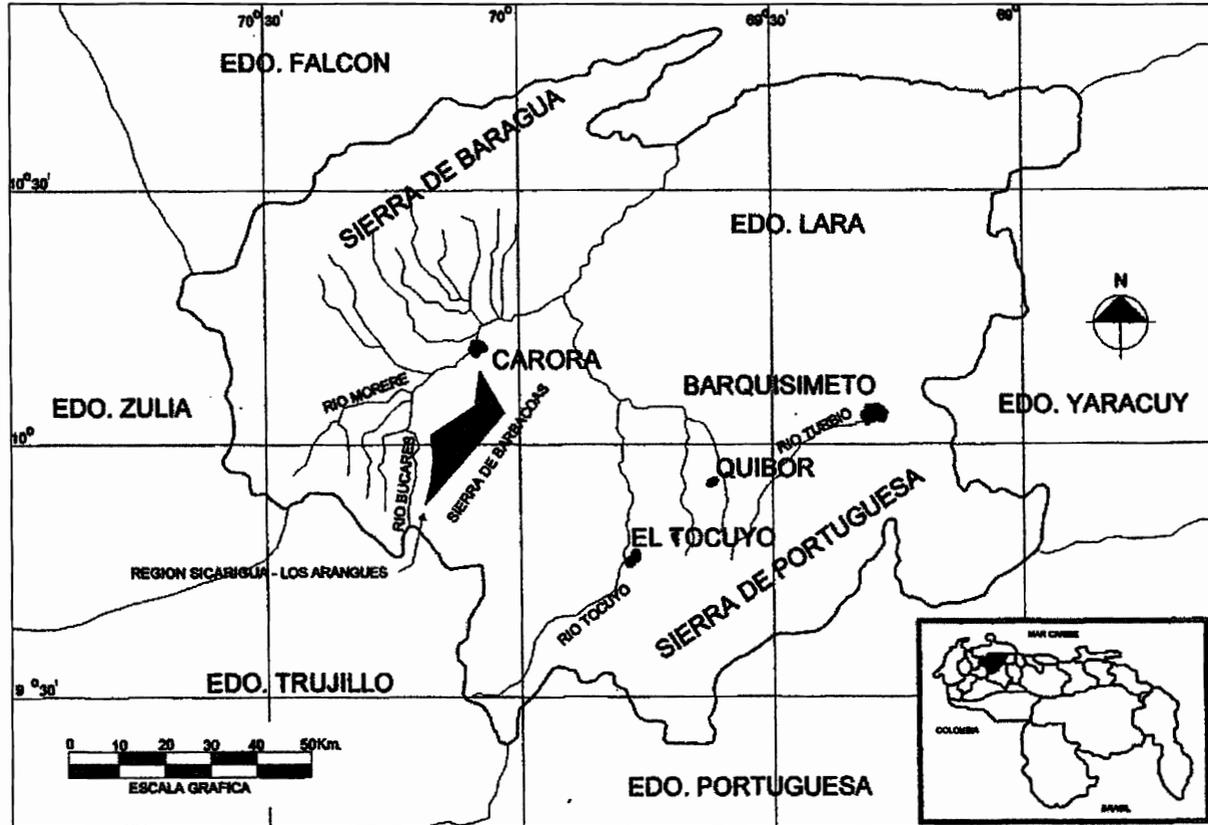
La región Sicarigua-Los Arangues

La región de estudio, de aproximadamente 250 km cuadrados, se encuentra al sur de la ciudad de Carora, capital del Municipio Torres, Estado Lara (Figura 1). Limita al oeste con un conjunto de pequeñas elevaciones que la separan del río Bucares, al norte por una serranía que la separa de las sabanas de Carora, al este y al sur por las estribaciones norteñas del sistema montañoso andino, conocidas como Serranía de Barbacoas. Tiene una zona plana central, la llamada depresión de Sicarigua, originada por la deposición de sedimentos cuaternarios arrastrados desde la Serranía de Barbacoas. La depresión de Sicarigua se estrecha en su parte norte, formando una suerte de abra o cañón que se ensancha en el llamado valle de Los Arangues, que la comunica con la depresión central de Lara. Los escasos cursos de agua son de tipo semipermanente y el agua que drena desde la zona montañosa de la depresión se dispersa superficialmente por toda la suela plana de la misma hasta concentrarse en la Ciénaga de Cabras, que a su vez drena en el río Bucares y a través de éste en el río Morere. La vegetación es de transición entre los bosques ombrófilos submontanos/montanos siempreverdes de la Cordillera de los Andes y los matorrales tropófilos, deciduos y semideciduos del sistema de colinas Lara-Falcón (Huber y Alarcón 1988). Esta cubierta vegetal ha sufrido cambios drásticos en la zona baja de la región, debido a las actividades agropecuarias. A los efectos de la investigación arqueológica, la región de estudio está comprendida por la zona plana de la depresión y el piedemonte de las zonas montañosas que la circundan.

Investigaciones previas

La depresión de Sicarigua constituye una de las vías naturales para la conexión entre el piedemonte andino del Estado Trujillo, las zonas semiáridas larenses (depresión de Carora, depresión de Quíbor, Valle de

Figura 1



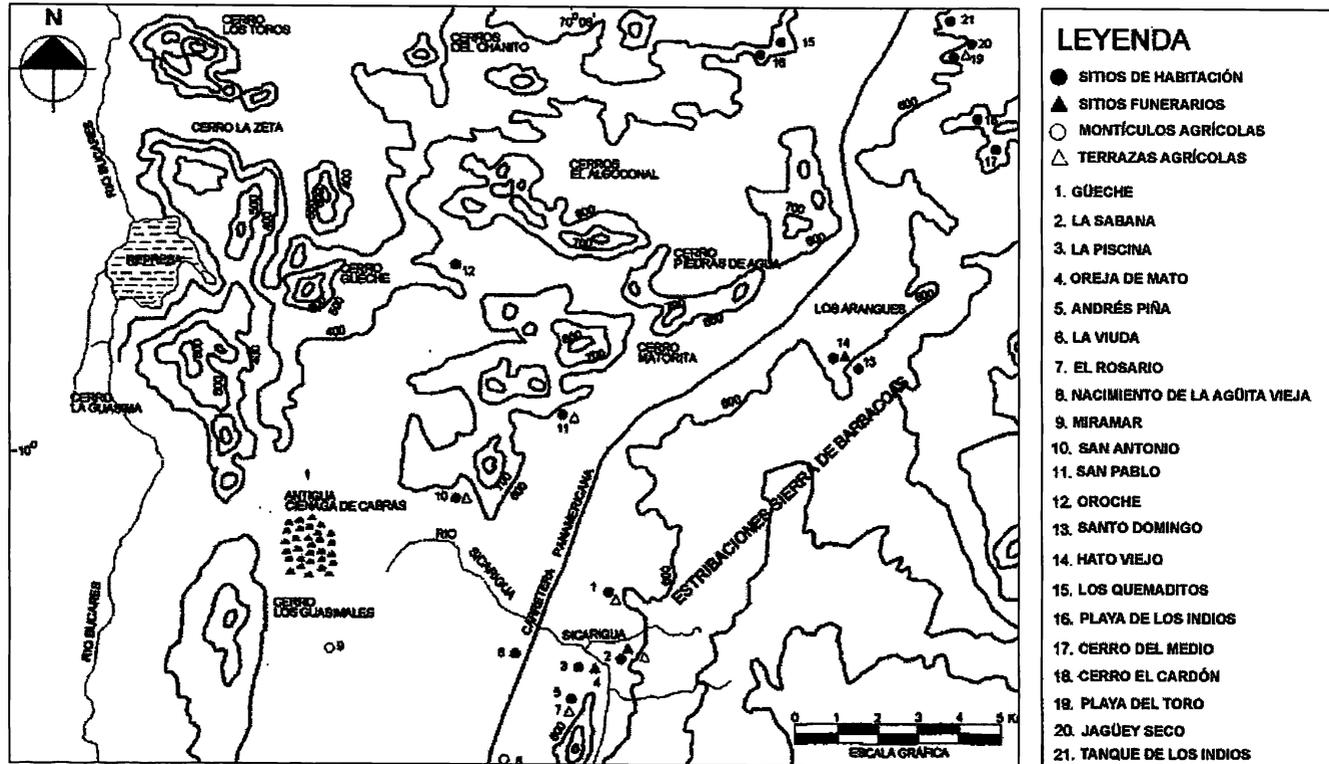
Barquisimeto) y la vertiente sur del sistema coriano. Esta condición la hace particularmente interesante a los efectos de la investigación acerca de las relaciones entre los grupos humanos prehispánicos que habitaron las regiones mencionadas. Desde los inicios de las investigaciones arqueológicas sistemáticas en Venezuela, diversos autores han señalado semejanzas entre los estilos cerámicos de las regiones de Carache, Lara, Falcón y las islas Aruba, Curazao y Bonaire que cronológicamente se ubican alrededor de 1000 D. C. (Osgood y Howard 1943: 90, 126; Kidder 1944: 139-143, 145; Cruixent y Rouse 1961: 175, 185; Wagner 1967: 74).

De igual forma, las ordenaciones estilísticas que posteriormente se han propuesto para la cerámica prehispánica del occidente venezolano expresan estas semejanzas: la Tradición Mirinday incluye a los estilos Mirinday del área de Carache, Dabajuro del occidente de Falcón y Tierra de los Indios del Estado Lara (Arvelo 1987: 74-77); a la Tradición Macrodabajuroide corresponden: la Tradición Dabajuroide, de la cual forma parte la Subtradición Dabajuran, a su vez integrada por los complejos Túcua, Urumaco y Los Médanos; la Tradición Tierroide, que comprende a la Subtradición Tierran, integrada por los complejos Tierra de los Indios y San Pablo y la Subtradición Mirindayan, integrada por los complejos Mirinday y Chipepe (Oliver 1989: 418-431). En cuanto a esta última propuesta, vale destacar que Oliver ha planteado que la expansión de la Tradición Macrodabajuroide corresponde con el movimiento de los Arawak desde el sur hacia el noroeste de Venezuela, vía los llanos occidentales. En tal sentido, las semejanzas alfareras entre las Subtradiciones Tierran y Dabajuran de la Tradición Dabajuroide se explican por su correspondencia con grupos Caquetíos que se habrían diferenciado en los llanos occidentales entre 100 y 500 D.C. (Oliver 1989: 485).

La primera noticia de hallazgos arqueológicos en las cercanías de nuestra región de estudio se remonta a 1935 y corresponde a la visita, por parte de excursionistas de Carora, a una caverna usada como sitio funerario, conocida como Cueva de El Carrizal, ubicada al este de la hacienda Sicarigua, en la Serranía de Barbacoas (Marrufo 1935). Esta cueva fue usada como lugar de enterramiento y se hallaron numerosos fragmentos de urnas de cerámica. Su alfarería se asemeja a la del estilo Tocuyano del Valle de Quíbor y a la del sitio Camay al norte de Carora, lo que parece coincidir con las apreciaciones de Lewis y Moriarty (1970: 8-9) acerca del material cerámico de las cuevas situadas en el piedemonte del Estado Trujillo.

Las primeras investigaciones arqueológicas sistemáticas en la región Sicarigua-Los Arangues fueron realizadas en el sitio Oroche (Molina 1982; Molina y Monsalve 1985; Figura 2), un lugar de habitación fechado en 1060 ± 10 años A.P. (Figura 3), con áreas monticulares, producto de los desechos de las actividades domésticas y posiblemente asociado a construcciones artificiales para el almacenamiento de agua (llamados localmente *jagüeyes*). La cerámica de Oroche presenta estrechas similitudes con la de la fase Mirinday del área de Carache, especialmente en lo relativo a la decoración

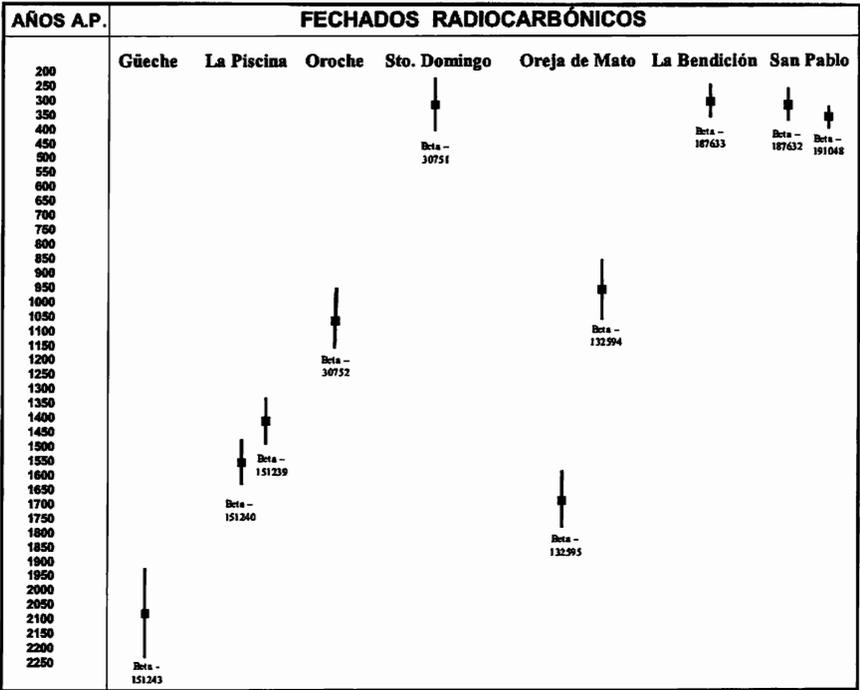
Figura 2



pintada. La subsistencia estuvo basada en la agricultura (atestiguada por un importante número de metates y manos de moler) y por la cacería, la pesca y la recolección de moluscos y crustáceos. Un variado repertorio faunístico está representado en este yacimiento, lo que indica la explotación de las regiones montañosas vecinas y posiblemente el aprovechamiento de la Ciénaga de Cabras, dada su condición de refugio estacional de fauna acuática y terrestre (Benet 1929: 385).

La siguiente investigación en la región fue realizada en los sitios Santo Domingo y Hato Viejo, en las cabeceras del caserío Los Arangues (Figura 2). El primero, con una fecha de 310 ± 90 años A.P. (Figura 3), es un sitio con terrazas habitacionales, en las cuales abundan artefactos como manos de moler y metates, algunos de grandes dimensiones. El segundo también es un sitio de habitación, pero está ubicado en la parte llana de la depresión y no posee estructuras artificiales, pero sí existen enterramientos primarios en tumbas con el fondo y los contornos recubiertos con cantos rodados. En ambos yacimientos existen testimonios del aprovechamiento de una variada fauna (venados, conejos, cachicamos, iguanas, entre otros) y sus restos cerámicos revelan similitudes con los estilos tardíos del noroeste de Venezuela, especialmente con los estilos Bachaquero, Tierra de los Indios y

Figura 3



la fase Mirinday del área de Carache (Toledo y Molina 1987: 191). A partir de la información proveniente de estos sitios y del yacimiento de Oroche, se postuló la posible existencia de una estratificación de aldeas en la región para el período comprendido entre 1000 y 1500 D.C., como un indicador del surgimiento de cacicazgos durante dicho período (Toledo y Molina 1987: 197).

Los cacicazgos prehispánicos en el noroeste de Venezuela

A finales del siglo XIX e inicios del XX, antes del inicio de las investigaciones arqueológicas sistemáticas en Venezuela, algunos autores interesados en el pasado prehispánico desde una perspectiva historiográfica avanzaron consideraciones acerca de la existencia de “caciques”, personajes de relevancia política en algunas naciones indígenas, como los Caquetíos de Coro (Arcaya 1905; Jahn 1927). Sin embargo, es a partir de los años 40 del siglo pasado cuando se hicieron las primeras propuestas sobre las formas de organización política que habrían tenido las sociedades prehispánicas del noroeste venezolano, propuestas que van a influir en las discusiones posteriores sobre las sociedades de cacicazgo. A partir de datos históricos y etnográficos, Julian Steward (1948) y Gregorio Hernández de Alba (1948) fueron los primeros autores en plantear que los grupos prehispánicos tardíos del noroeste de Venezuela tenían una estructura social jerárquica. Según Steward, las tribus del noroeste de Venezuela tenían a la aldea como unidad política, cada una con su jefe, aunque existían formas de jefatura superiores al nivel de aldea: un jefe de guerra entre los Jiraharas y un jefe tribal entre los Caquetíos. Entre estos últimos, el jefe estaba dotado de poderes supranaturales para el control de los fenómenos de la naturaleza y el crecimiento de los plantíos, era llevado en una hamaca y recibía un tratamiento especial al morir, como era la cremación y el consumo ritual de sus cenizas. Bajo la autoridad del jefe se encontraba una escala de jerarquías como nobles, guerreros y hombres ricos. Se practicó la agricultura de regadío y habría existido una vida ceremonial compleja, con temples comunales o “adoratorios” donde oficiaban los shamanes (Steward 1948: 21-22). Hernández de Alba (1948: 472) señala que los jefes locales caquetíos, llamados *diaos*, estaban bajo la autoridad de un jefe general, Manaure, señor de Paraguaná. Estos elementos les permitieron más tarde a Steward y Faron (1959) definir el concepto de cacicazgo teocrático, que aplicaron a las sociedades prehispánicas del noroeste venezolano y de las Antillas Mayores.

Con la publicación de la obra de Mario Sanoja e Irida Vargas, *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos* (1974), es cuando se expresa por primera vez en la literatura arqueológica venezolana un interés por las formas de organización política de las sociedades antiguas. Como es

suficientemente conocido, ésta es una obra de síntesis y de reinterpretación de la arqueología de Venezuela, por lo que se basa en los datos disponibles para la época y que provenían de investigaciones hechas con propósitos diversos. Sanoja y Vargas proponen, siguiendo las ideas de Steward y Faron (1959), la existencia de un modo de producción teocrático, caracterizado políticamente por la existencia de una jerarquía de caciques-sacerdotes y desde el punto de vista económico por el desarrollo de formas intensivas de producción de alimentos. Según los autores, este modo de producción se distingue por “cambios cualitativos que surgen en la racionalidad de la tierra, el manejo de los recursos hidráulicos para mejorar la producción de los cultivos y el desarrollo de instituciones de control social y político que sobrepasaban el cuadro de las comunidades aldeanas” (Sanoja y Vargas 1974: 214). Bajo este modo de producción incluyen a las sociedades agricultoras andinas y a las sociedades aborígenes del noroeste de Venezuela, aunque señalan que el antecedente de este modo de producción podría encontrarse en los primeros siglos de la era cristiana, en regiones como los llanos suroccidentales, a partir de la existencia de estructuras artificiales de tierra de tipo habitacional, calzadas, campos irrigados y evidencias botánicas del cultivo del maíz Pollo, datos que procedían de las investigaciones de Zucchi en esa región (Zucchi 1972; Zucchi y Denevan 1974).

La década de los años 80 del siglo XX fue importante en los estudios sobre las formas de organización política prehispánicas en Venezuela y particularmente en el noroeste del país. Con la reactivación de las investigaciones arqueológicas en el Estado Lara a comienzos de esta década se retomaron las prospecciones y excavaciones en el valle de Quíbor, especialmente en algunos cementerios y sitios de habitación, y se hicieron estudios sistemáticos de las colecciones de objetos de concha provenientes de las excavaciones que se habían realizado en los cementerios prehispánicos en los años 60 y 70 del siglo pasado. Así, la idea inicial de Sanoja y Vargas acerca de los antecedentes de los cacicazgos del noroeste de Venezuela se traduce en la propuesta de la existencia, alrededor de los primeros siglos de la era cristiana, de cacicazgos tempranos, atestiguados por la producción y circulación de objetos votivos y cacicazgos tardíos, cuya evidencia se basaba en la jerarquización de los espacios domésticos (Sanoja y Vargas 1987). Durante la misma época, se iniciaron las investigaciones en la localidad de Los Arangues. En estas investigaciones se introducen algunos elementos relativos a la identificación arqueológica de los cacicazgos, como son la estratificación de sitios y la existencia de diferencias en la distribución de los bienes dentro de las áreas residenciales (Toledo y Molina 1987).

Estas formulaciones iniciales sobre la existencia de cacicazgos en el Valle de Quíbor y en Los Arangues, en el Estado Lara, fueron seguidas por los trabajos de Lilliam Arvelo en la primera de las áreas mencionadas (Arvelo 1995). Aunque inicialmente fue un proyecto de rescate arqueológico, Arvelo desarrolló un estudio regional que le permitió afinar la secuencia cronológica

local, a la vez que evaluar la existencia de sociedades complejas. A partir del estudio de la evolución de los patrones de asentamiento, el tamaño de la población y la capacidad de carga del Valle de Quíbor, se pone en duda el surgimiento de formas de complejidad social en las ocupaciones prehispánicas de la región. Arvelo propone que el cultivo del maíz, si bien dio lugar a un crecimiento de la población durante la ocupación tardía del valle, sin embargo no llevó a la aparición de cacicazgos. De acuerdo a su interpretación del registro arqueológico de algunos de los sitios monticulares tardíos, éstos corresponden a lugares de explotación de sal de tierra, actividad que pudo haber originado algún tipo de especialización del trabajo.

A partir de la revisión de fuentes históricas del siglo XVI, José Oliver (1989) hizo una crítica a la caracterización de Steward y Faron y de Sanoja y Vargas sobre las formas de organización social y política en el noroeste de Venezuela. Oliver plantea la diferencia que existió en la estructura política de los Caquetíos de la costa de Falcón respecto a la de los Caquetíos de Barquisimeto y del Valle del Yaracuy. Los primeros habrían tenido un liderazgo centralizado y jerarquizado, con un jefe supremo en el que confluían los poderes shamánicos y terrenales, poder que ejercía a través de un cuerpo de jefes de segundo orden o nivel de jerarquía. Estos jefes de segundo orden controlaban los segmentos de territorio que funcionaban como unidades políticas, pues las aldeas (en las que también existían jefes locales) no estaban nucleadas o concentradas y no poseían estructuras defensivas. Por su parte, los Caquetíos de Barquisimeto y Yaracuy tenían un patrón de asentamiento basado en aldeas densamente pobladas, concentradas o nucleadas y con estructuras defensivas. A diferencia de los Caquetíos de la costa falconiana, el liderazgo se escindía entre un “jefe de paz” y un “jefe de guerra”. El primero, con una función de redistribución de bienes; el segundo era parte de una institución militarista, con tendencia a la jerarquía y la organización en rangos. Sin embargo, esta jerarquización y centralización sólo ocurría en ocasiones de conflictos que desembocaban en guerra. Esta propuesta de Oliver forma parte de un trabajo mayor cuyos objetivos son establecer la expansión de los grupos de lengua Arawak en el norte de Suramérica y correlacionar la alfarería de la serie Dabajuroide definida por Cruixent y Rouse (1961) con los Caquetíos históricos. Dentro de este propósito, Oliver realizó un reconocimiento arqueológico en la costa oeste de Falcón y la península de Paraguaná, a través del cual se obtuvo información que parece avalar las apreciaciones acerca del tipo de asentamiento y la ubicación de los poblados caquetíos mencionados en las fuentes históricas.

Resultados preliminares

En 1998 y 1999 se realizó un reconocimiento regional de la región Sicarigua-Los Arangues, que ha dado como resultado la identificación de 14 nuevos sitios de habitación, 2 sitios o áreas de enterramiento, 2 sitios con montículos de

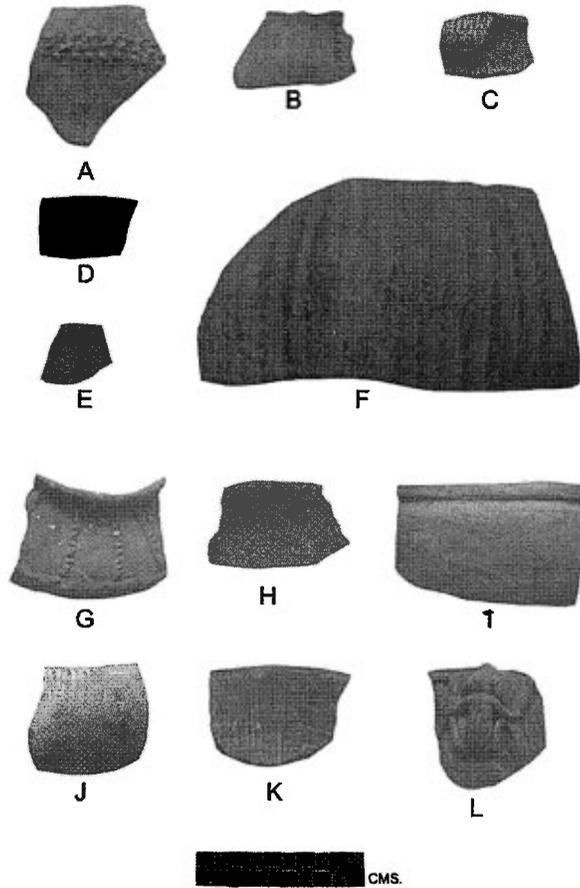
probable uso agrícola y 6 áreas con posibles terrazas agrícolas (Figura 2). En este reconocimiento regional se efectuaron recolecciones de superficie no sistemáticas y a partir del año 2000 se hicieron recolecciones de superficie sistemáticas y excavaciones estratigráficas en los sitios de habitación Güeche, La Piscina, La Sabana y Andrés Piña, en las áreas de enterramiento de Oreja de Mato y La Sabana, en el conjunto de montículos de Nacimiento de La Agüita Vieja (sector La Bendición) y en las terrazas del sitio San Pablo.

Sitios de habitación

La mayor parte de los sitios de habitación que se encuentran al sur de la depresión de Sicarigua (Güeche, La Sabana, La Piscina, Andrés Piña, San Pablo, San Antonio; Figura 2) se ubican contiguos al piedemonte, a diferencia de los localizados hacia el norte (Tanque de Los Indios, Jaguey Seco, Playa del Toro, Cerro El Cardón, Cerro del Medio, Playa de Los Indios y Los Quemaditos; Figura 2), que están emplazados en la zona montañosa. Los sitios habitacionales no tienen estructuras artificiales, a excepción de Cerro El Cardón, que posee terrazas similares a las de Santo Domingo, Los Arangues (Toledo y Molina 1987: 191-192), pero en menor número. El material cerámico recolectado en superficie en los sitios de habitación parece corresponder con el descrito para el sitio Oroche, emparentado con la alfarería de la fase Mirinday del área de Carache (Molina 1982; Molina y Monsalve 1985), excepto el proveniente de los sitios Güeche y La Piscina. En los sitios de habitación Tanque de Los Indios, Cerro El Cardón y San Antonio se han observado estanques artificiales.

El sitio de habitación de mayor antigüedad hasta ahora excavado es el yacimiento Güeche (LT-30; Figura 2), donde se obtuvo una datación absoluta de 2090 ± 150 años A.P., con punto medio de 100 A.C. (Figura 3). Su extensión es de aproximadamente 5.5 hectáreas. y el material arqueológico está constituido por fragmentos de cerámica, artefactos líticos pulidos y huesos de animales. En la cerámica de Güeche predomina la decoración plástica respecto a la cerámica pintada, sin haber combinación de ambas técnicas. Las técnicas de decoración plástica utilizadas fueron incisión, aplicado, aplicado-inciso, modelado-inciso (que incluye el motivo del "grano de café") e impresiones digitales (Lámina 1A-1C). La decoración pintada está representada por engobe blanco y pintura negra en motivos lineales. Están presentes las siguientes formas: vasija globular de cuello ancho; vasija globular de cuello largo; olla bulbosa de boca ancha (de mayor frecuencia en la cerámica sin decoración); bol globular de base convexa; bol globular de boca ancha; bol globular de boca restringida y cuello angular; bol globular de boca restringida (de mayor frecuencia en la cerámica decorada) y vasija de cuello restringido y cuerpo globular. Otros atributos formales que caracterizan a la cerámica del sitio Güeche son las bases anulares con patas, bases pedestales, patas cónicas (huecas y macizas) y asas acintadas (Bracho 2004: 90-92, 96-97, 100-102, 243, 253). Estas

Lámina 1



características de forma y decoración han permitido relacionar la cerámica de Güeche con algunas alfarerías tempranas del noroeste de Venezuela: la serie Tocuyanoide, la fase Hokomo de la serie La Pitia, la fase Betijoque y la fase Lagunillas (Bracho 2004: 152-153).

El sitio La Piscina (LT-31; Figura 2) tiene una superficie aproximada de 6 hectáreas, de acuerdo a las prospecciones de superficie y a los sondeos estratigráficos. Sin embargo, esta extensión podría alcanzar hasta 9 hectáreas, pues el yacimiento parece extenderse hasta un sector vecino, conocido como El Caño e incluir, además, el sitio denominado Andrés Piña (Figura 2). Se obtuvieron dos fechados absolutos: 1550 ± 80 años A.P., con punto medio 530 D.C. y 1410 ± 80 años A.P., con punto medio 650 D.C.

(Figura 3). El material cultural más abundante es la cerámica, pero también se recolectaron artefactos de piedra pulida y restos óseos animales. La cerámica de La Piscina también se caracteriza por el predominio de las técnicas decorativas plásticas respecto a las pintadas. La decoración plástica incluye incisión, modelado-aplicado, incisión-modelado-aplicado, incisión-punzoneado, modelado-aplicado-punteado, punteado-incisión-modelado-aplicado, impresiones digitales y texturizado (Lámina 1D-1F). La decoración pintada consta de engobe blanco, engobe negro y pintura negra/blanco en diseños geométricos. Además, existe la combinación de la decoración modelada-aplicada con engobe blanco. Las formas de vasijas incluyen: elipsoide vertical de base convexa; esférica de base convexa; cilíndrica de base plana; esférica de base convexa y patas bulbosas o bases anulares; ovoide de base convexa y patas bulbosas o bases anulares. Las patas de vasijas son bulbosas y cónicas, estando las primeras decoradas con técnicas plásticas. Las bases son planas, de pedestal y anulares con ventanas. Las asas se presentan en forma acintada, tubular vertical y bitubular. Los aspectos formales y decorativos de la cerámica del sitio La Piscina permiten relacionarla con la alfarería de varios estilos o fases del noroeste venezolano, cuya cronología comprende desde los primeros siglos de la era cristiana hasta 1000 D.C.: Betijoque, Miquimú, San Pablo y Boulevard de Quíbor (De Jesús 2003: 170-175).

La Sabana (LT-32; Figura 2) tiene una extensión aproximada de 10 hectáreas. No posee estructuras artificiales, pero ligeras elevaciones en algunos sectores del yacimiento podrían corresponder a formaciones monticulares originadas por la acumulación de residuos arqueológicos. La alfarería de La Sabana se caracteriza por la presencia de variadas formas (esféricas, elipsoides, ovaloides, carenadas, platos) y una decoración con las técnicas pintada, plástica y plástico-pintada (Tommasino 2004: 276). La decoración pintada, con motivos geométricos, es muy diversa: rojo/engobe crema, rojo y negro/engobe blanco, rojo/engobe naranja, rojo/naranja (Lámina 1G-1I). Las técnicas plásticas también son muy variadas: aplicado-modelado, incisión, excisión, punteado, perforado, punzoneado e impresiones, que se presentan generalmente en forma combinada de dos o más técnicas (Lámina 1J-1L). En cuanto a las combinaciones de técnicas decorativas plásticas y pintadas también son muy diversas, pero las más frecuentes son el aplicado-modelado más pintura roja y negra/engobe rojo, el aplicado-modelado e incisiones más pintura negra/engobe crema y el aplicado-modelado más pintura negra/engobe blanco (Tommasino 2004: 286-287). Otros elementos formales caracterizan a la colección de La Sabana: bases pedestales, anulares con ventanas, redondeadas y cóncavas; patas cónicas y bulbosas; asas acintadas, tubulares y multitubulares; apéndices tubulares y vertederos (Tommasino 2004: 275). Además de la cerámica se han recolectado numerosos y variados artefactos líticos: afiladores, pulidores, perforadores, percutores, hachas, puntas de proyectil, raspadores, metates, manos de

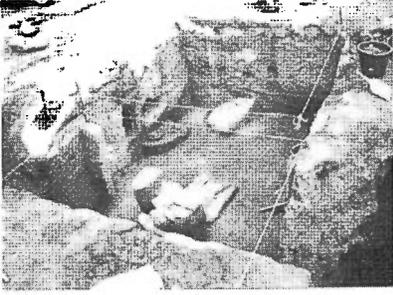
mortero y manos de moler, siendo este último el artefacto más abundante. También se recolectaron numerosos huesos de animales, algunos de tamaño considerable, que podrían corresponder a venados y a dantas. En el sector sureste del yacimiento se localizaron varios enterramientos humanos, a los que haremos referencia en la siguiente sección. No se han obtenido fechados absolutos de este sitio, pero su cerámica se relaciona con los estilos comprendidos dentro de la Tradición Macroabajuroide (Oliver 1989), especialmente con el Complejo Urumaco de la Subtradición Dabajurán y con el Complejo Mirinday de la Subtradición Mirindayán (Tommasino 2004: 362).

Sítios funerarios

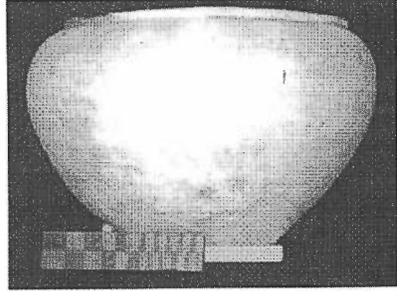
En el sitio Oreja de Mato (LT-22; Figura 2) se han recuperado 26 enterramientos humanos, tanto primarios como secundarios en urnas. Los enterramientos primarios son directos e indirectos, en distintas posiciones corporales y orientación de los esqueletos (Lámina 2A). Corresponden a diferentes grupos etarios y algunas tumbas fueron recubiertas con lajas seleccionadas o modificadas. En el caso de los enterramientos indirectos, los restos humanos están precedidos de lajas de piedra. Este sitio corresponde al área funeraria del asentamiento de La Piscina (LT-31). De acuerdo a la investigación realizada por De Jesús (2003), el análisis de la estratigrafía indica que algunos enterramientos humanos de Oreja de Mato están por debajo de una capa cultural que contiene fragmentos de cerámica con formas y decoración compartidas con La Piscina, por lo que puede interpretarse como el producto del transporte de desechos desde el área habitacional de La Piscina y removida al realizar los enterramientos humanos (De Jesús 2004: 159-167). En cuanto al ajuar funerario, está constituido por vasijas de cerámica y adornos de concha de caracol. La alfarería votiva no guarda relación con la hallada en la capa de desechos que cubre a los enterramientos y es similar a algunos de los tipos de vasijas reportados para el cementerio del Boulevard de Quíbor (Toledo 1995). Al igual que en dicho sitio funerario, los ejemplares cerámicos fueron realizados con el único propósito de usarlos como ofrendas (De Jesús 2004: 187). De la misma forma, los adornos de concha corresponden a algunos de los tipos presentes en el sitio Boulevard de Quíbor (Vargas et al. 1997). Los fechados radiocarbónicos obtenidos para Oreja de Mato sustentan su relación con el sitio La Piscina: 1690 ± 100 años A.P., con punto medio 385 D.C.; 960 ± 100 años A.P., con punto medio 1035 D.C. (Figura 3). Un tercer fechado de 4240 ± 70 años A.P., con punto medio 2885 A.C. lo consideramos erróneo, aun cuando corresponde a una muestra asociada a un enterramiento no perturbado.

En el sitio La Sabana (LT-32; Figura 2) también se ha identificado un área donde se practicaron enterramientos humanos, ubicada hacia el suroeste del

Lámina 2



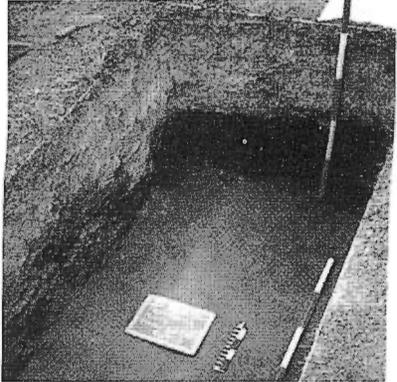
A



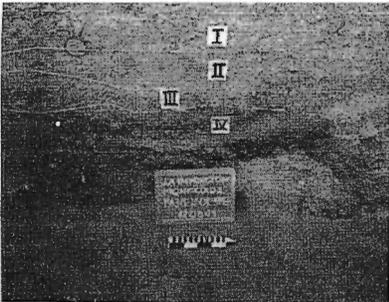
B



C



D



E



F

yacimiento. En este sector, además de los enterramientos humanos, se recuperaron evidencias que indican su uso habitacional. Fueron hallados: un enterramiento primario de infante, que poseía un brazaletes de doce cuentas de hornblenda, roca ígnea exótica en la región Sicarigua-Los Arangues, pues es propia de Los Andes, la Cordillera de la Costa, Guárico, Guayana y Margarita; un enterramiento secundario de un adulto-joven masculino dentro de una vasija de uso cotidiano; dos enterramientos secundarios de infantes, contenidos en vasijas de uso cotidiano; un enterramiento secundario múltiple (dos individuos) dentro de una vasija de uso cotidiano; un enterramiento secundario, dentro de una vasija con decoración, aparentemente usada exclusivamente como urna. Los enterramientos secundarios presentaban pigmentación roja en los huesos (Tommasino 2004: 232-238, 471-476). Las vasijas que contenían los enterramientos secundarios eran de formas diversas: ovaloide con borde entrante, reforzado externo y labio redondeado; olla elipsoide horizontal con borde entrante, reforzado externo y labio redondeado; bol elipsoide horizontal de boca abierta con borde recto, directo y labio plano (Tommasino 2004: 312-314; Lámina 2E).

Montículos agrícolas

Se han identificado 2 conjuntos de montículos agrícolas, en los sitios conocidos como Miramar y Nacimiento de la Agüita Vieja (Figura 2; Lámina 2C), situados en los bordes oeste y este de la formación pantanosa de la Ciénaga de Cabras, respectivamente. Sus alturas oscilan entre 1 m y 3 m y su diámetro varía entre 2 m y 10 m de longitud. En estas formaciones monticulares no se observan artefactos en superficie, especialmente cerámica, que es muy abundante en el resto de los sitios arqueológicos de la región. Las excavaciones realizadas en algunos de los montículos del sitio Nacimiento de la Agüita Vieja (LT-34, sector La Bendición) han permitido conocer aspectos relativos a la construcción de las estructuras, recuperar restos botánicos, zooarqueológicos, artefactos líticos y muestras para análisis de suelos y para fechados radiocarbónicos (Wierdak 2004). En este sitio los montículos están dispuestos en forma irregular y, además, existe una estructura alargada, en forma de camellón. La estratigrafía de los montículos indica claramente su construcción intencional, pues en todos los montículos excavados se observa una capa inferior de tierra negra, rica en humus, seguida de una capa de suelo franco arenoso y después una capa de suelo arcilloso (Lámina 2D). De igual manera, se determinó a partir del análisis químico de los suelos que la capa más profunda, de coloración oscura y rica en humus, contenía valores más altos de fosfatos que las capas de suelos franco arenosos y arcillosos. Por otra parte, la inclinación de estas capas, que tienden a juntarse en los bordes de la estructura, indica que fueron depositadas artificialmente por el hombre. Se recuperaron restos botánicos, que permitieron determinar la presencia de

semillas de corozo (*Acrocomia sclerocarpa*), lechoza (*Carica papaya*), dato (*Pereskia guamacho*) y cola de caballo (*Equisetum arvense*). Los restos zooarqueológicos identificados corresponden a cachicamo (*Dasypus* sp.), iguana (*Iguana* sp.) y posibles roedores. Además se recolectaron quelas de cangrejo y ejemplares de gasterópodos terrestres. Los artefactos líticos hallados en las excavaciones corresponden a talladores o “tranchets”, elaborados con la técnica de talla; en superficie, en sectores cercanos a las estructuras se recolectaron manos de moler y fragmentos de metates. No se encontró cerámica en superficie ni en estratigrafía; sólo se ha hallado cerámica a 1.5 km de las estructuras, en el piedemonte. Esta cerámica parece guardar similitud con el estilo El Dividual, definido por Arvelo para el Valle de Quibor y considerado como el período tardío (1-400 D.C.) de la Subtradición Tocuyanoide (Arvelo 1995: 119). Se obtuvo un fechado radiocarbónico en una de las estructuras excavadas: 300 ± 50 años A.P., con punto medio 1640 D.C. (Figura 3).

Terrazas para la agricultura

Las terrazas de posible uso agrícola se encuentran próximas a los siguientes sitios de habitación: Playa del Toro, San Pablo, San Antonio, Güeche, La Sabana y Andrés Piña (Figura 2). Son estructuras de forma circular, fabricadas con piedras, con un diámetro que oscila alrededor de 2.5 m y están ubicadas en las laderas montañosas entre 40 m y 100 m a partir de la zona plana de la depresión. Estas estructuras requirieron para su construcción de un trabajo de aterrazamiento y nivelación de la pendiente y una técnica constructiva que incluía la selección de las rocas y su adecuado acuñamiento para evitar su colapso. Hasta el momento sólo se han hecho trabajos preliminares en uno de los conjuntos de terrazas (Sajo 2005), situado en la ladera montañosa vecina al sitio de habitación San Pablo (LT-33; Figura 2). La forma interna de las estructuras es de cono invertido y no se observan cambios en el color de los sedimentos que contienen. En el interior de algunas de las terrazas se han encontrado raíces de yuca (*Manihot esculenta*), planta que abunda en forma silvestre en toda la zona ocupada por las estructuras. En los sondeos estratigráficos realizados en pequeños sectores planos dentro del conjunto de terracería se recolectaron fragmentos de cerámica, con atributos que la relacionan con la cerámica proveniente del sector habitacional del yacimiento, en el sector plano de la depresión, contiguo a la ladera donde se encuentran las estructuras agrícolas. También se han recolectado en sectores de la ladera fragmentos de metates y en el sector habitacional, en superficie, se recolectaron numerosas manos de moler líticas. Se obtuvieron dos fechados absolutos: 310 ± 50 años A.P., con punto medio 1550 D.C. y 360 ± 40 años A.P., con punto medio 1510 D.C. (Figura 3).

Aproximación a la historia cultural de la región Sicarigua-Los Arangues

De acuerdo con los datos disponibles, el poblamiento prehispánico de la región Sicarigua-Los Arangues habría comenzado al menos hacia el 400 A.C.. Estas primeras poblaciones parecen haber estado relacionadas con las que se asentaron en el piedemonte noroccidental de la Cordillera de los Andes y en la depresión de Lara, agrupadas arqueológicamente en lo que inicialmente se denominó el estilo Betijoque (Cruxent y Rouse 1961: 169-172, 181-182) y luego la fase Betijoque (Wagner 1973: 16-17). Esta fase arqueológica ha sido fechada mediante dataciones radiocarbónicas, en el piedemonte andino, alrededor de 350 D.C. (Wagner 1973: 15). Por otra parte, las poblaciones iniciales de Sicarigua-Los Arangues también habrían tenido vínculos con los grupos prehispánicos de la península de la Guajira, en el extremo occidental de Venezuela, correspondientes a la fase Hokomo de la serie La Pitía, que posee una datación radiocarbónica del año 10 A.C. (Gallagher 1976: 172). Según los fechados absolutos disponibles, la ocupación de Sicarigua-Los Arangues habría sido más temprana que aquéllas del piedemonte andino y de la península de la Guajira, lo que coincidiría con la idea sugerida por Gallagher (1976: 202-208) acerca de la difusión de algunos conceptos estilísticos de la alfarería desde el occidente de Venezuela hacia el norte de Colombia. La subsistencia durante este poblamiento temprano incluía la cacería de animales terrestres y el consumo de especies vegetales, a juzgar por los restos óseos y los instrumentos de molienda hallados en los sitios de habitación.

Desde el 200 D.C. hasta el 1000 D.C. la región fue ocupada por grupos humanos cuyos objetos de cerámica y de concha se relacionan con los que caracterizan a la fase Boulevard o estilo San Pablo, en el Valle de Quíbor (Arvelo 1995; Toledo 1995; Vargas et al. 1997). La alfarería posee escasa policromía y predomina la decoración plástica basada en el aplicado, el modelado y la incisión. Los artefactos de concha (collares, pendientes y pectorales) fueron fabricados utilizando caracoles marinos, especialmente el botuto (*Strombus gigas*). Al igual que se ha señalado en el estudio de las colecciones de objetos de concha del Valle de Quíbor y de Camay, Estado Lara, realizado por Vargas et al. (1997), la presencia de esta industria en la región señala un intenso comercio con las regiones costeras para la obtención de una materia prima exótica.

Los trabajos de excavación arqueológica y el análisis de los materiales recolectados nos indican que durante esta etapa de ocupación se destinaban sectores específicos de los sitios de habitación para ser usados como lugares funerarios. Además, la complejidad de las costumbres funerarias es aún mayor que la observada en otros cementerios contemporáneos, como el Boulevard de Quíbor (Toledo y Molina 1981; Molina y Toledo 1986; Vargas et al. 1997), pues la mayoría de las tumbas están recubiertas de lajas de piedra, algunas de ellas seleccionadas y otras modificadas para esta función. El

amaño de las aldeas parece ser un poco mayor que en la etapa anterior, lo que podría indicar un posible aumento de la población; las actividades relacionadas con la obtención de alimentos vegetales (recolección, siembra y rocesamiento) podrían haber tenido una mayor importancia respecto a los primeros grupos humanos que habitaron la región, a juzgar por el aumento numérico de los artefactos líticos relacionados con dichas actividades. No obstante, la caza de animales terrestres siguió formando parte de las estrategias de subsistencia de estas comunidades.

La etapa final de la ocupación prehispánica de la región Sicarigua-Los Arangues, que comprende el período que va del 1000 D.C. al 1550 D.C., está representada por grupos portadores de un ajuar cerámico policromo con diseños geométricos, alfarería que guarda relación con los estilos y fases arqueológicas tardías de las regiones vecinas (fase Mirinday, área de Carache, Estado Trujillo y la Tradición Macrodabajuroide, Estado Falcón y costera oriental del Lago de Maracaibo, Estado Zulia). El crecimiento demográfico persistió, pues los sitios de habitación eran de mayor tamaño en relación con la etapa precedente, a la vez que aparecen dos tipos de aldeas: las que se ubican en la suela plana de la depresión y las que se encuentran en las faldas montañosas, en cuyo emplazamiento se construyeron aterrazamientos para las viviendas. Esta diferenciación no puede explicarse como una respuesta adaptativa a eventuales riesgos de inundación, pues la mayoría de los sitios de habitación, que son aquéllos sin estructuras de terracería, se ubicaron en el piedemonte, donde no existen los problemas de drenaje e inundación que afectan a la parte central de la depresión. Esta diferenciación estructural de los sitios de habitación y la existencia de sólo dos sitios con terracería habitacional, apoyan el planteamiento de Toledo y Molina (1987) acerca de la existencia de una estratificación de aldeas durante la etapa tardía de las ocupaciones prehispánicas de Sicarigua-Los Arangues.

Las tumbas parecen estar dentro de las áreas habitacionales y los enterramientos son en su mayoría del tipo secundario, para lo cual se utilizaron como urnas vasijas de cerámica de uso cotidiano, en las que se colocaban los restos óseos luego de la exhumación del enterramiento primario. Algunos elementos funerarios de la etapa anterior desaparecen, como la costumbre de recubrir las tumbas con lajas de piedra y la colocación de ofrendas fabricadas en concha de caracoles marinos. Sin embargo, en los mortuorios se incorporan el uso de pigmentos para colorear los huesos durante el segundo enterramiento y se hallan objetos votivos ricados en piedras exóticas, como la hornblenda, inexistente en la región. Objetos fabricados en materiales exóticos hallados en los llanos occidentales de Venezuela han sido interpretados como correspondientes a bienes de estigio utilizados por las élites de los cacicazgos llaneros, en razón de la procedencia foránea de la materia prima y al escaso número de los objetos (Assón 1999: 81; 2000: 587-588). En el caso de la región Sicarigua-Los Arangues también es notoria la rareza de estos objetos, que deben haber sido

obtenidos mediante el intercambio con otras regiones y su uso se restringía a ciertos individuos con posiciones especiales dentro de las comunidades.

Algunos sitios de habitación están correlacionados espacialmente con los sistemas de terracería de uso agrícola construidos en las laderas montañosas, lo que indicaría un probable aumento de los cultivos. La mayor cantidad y variedad de los artefactos líticos asociados con el cultivo de plantas y el procesamiento de granos y frutos podría indicar la posible intensificación de la agricultura. Sin embargo, también durante esta etapa se construyeron montículos artificiales para la agricultura en los bordes de la zona inundadiza de la depresión (Ciénega de Cabras). Otra interpretación del uso simultáneo de ambos tipos de construcción sería el desarrollo de un sistema de agricultura que permitía aprovechar en forma alternada tanto las laderas montañosas, donde el agua drena durante la época de lluvias, como las zonas inundadizas, durante la estación seca. Sin embargo, esta interpretación debe ser evaluada en el futuro a partir de un estudio más detallado de las estructuras y de la obtención de nuevas dataciones que determinen cuándo se inició su construcción. Esto permitiría establecer si existe alguna relación de este sistema agrícola con la disminución de la temperatura y la humedad ocurrida en los Andes venezolanos desde 1300 D.C. y que se extendió hasta cerca de 1800 D.C., como resultado de la oscilación climática conocida como "Pequeña Edad del Hielo" (Rull 1987: 20). Si bien estos cambios climáticos sólo cuentan en Venezuela con estudios paleoambientales en la región andina, varios autores han señalado que tuvieron un ámbito global y por lo tanto también afectaron al norte de Suramérica (Van der Hammen 1970: 478; Rull 1987: 17; Grove 1988 en Ortloff y Kolata 1993: 204).

Resumen

En este artículo se propone una secuencia de las ocupaciones humanas prehispánicas en la región Sicarigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela. La secuencia se inicia en el siglo IV A.C. y se prolonga hasta el momento de la conquista española en el siglo XVI D.C. Durante este largo período se producen cambios notables en los estilos cerámicos, las formas de asentamiento, las costumbres funerarias y las estrategias de subsistencia. Los resultados preliminares aquí presentados forman parte un proyecto de arqueología regional cuyo objetivo final es evaluar los indicadores arqueológicos que podrían sustentar el posible surgimiento de cacicazgos en la región entre 1000 y 1500 D.C.

Abstract

In this article a sequence for the pre-Hispanic human occupations in the region Sicarigua-Los Arangues, northwestern Venezuela is proposed. The sequence

begins in the fourth century B.C. and extends until the moment of the Spanish conquest in the sixteenth century A.D. During this long period remarkable changes are observed in the ceramic styles, settlement patterns, human burials and subsistence strategies. The preliminary results presented here are the outcome of a project of regional archaeology whose final goal is to evaluate the archaeological indicators that could support the possible appearance of chiefdoms in the region between 1000 and 1500 A.D.

Departamento de Arqueología, Etnohistoria y Ecología Cultural
Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad Central de Venezuela
Apartado 18.195. El Silencio Caracas 1010 Venezuela
E-mail: lmolina@reacciun.ve
